

Jueves

Estel

Image not found.

Capítulo 1

Sé que debo superar el sentimiento. No soy dueña de mis emociones, y la mayor parte de mi vida, estas han fijado el rumbo de mis erráticas acciones. A veces, soy el peón perdido en el tablero del ajedrez, donde todo debe ir en su lugar. Y salto, de casilla en casilla, blanco y negro (tan rápido, tan breve), negro y blanco (ya tantas veces negro), hasta que alcanzo, jadeante y sin aliento, el extremo opuesto, en terreno enemigo. O al menos así lo suelo ver, sumergida en la vorágine usual de sí y nos que me hacen preguntarme si no sería mejor únicamente pasar por la vida con los ojos cerrados, o como Perseo en el cubil de la medusa. El problema estriba en que, yo soy la petrificadora y el petrificado al mismo tiempo.

Denme un momento para recuperarme. He pasado una noche muy larga... una media sonrisa relampaguea en mis labios: una noche larga, para mí. Debería precisarlo, porque el pasar las horas oscuras en vela suelen significar pensar, pensar y pensar, dando vuelta en la cama, y no observar el mundo y tratar de participar en él, tal cual he hecho nuevamente, porque la esperanza muere al último.

___ Sabes que eres muy bonita, ¿no?

___ Supongo.

Subí al taxi alisándome el vestido. Voy por el "¿qué tal si?"; siempre me voy por lo posible, lo potencial, más que por una certeza de que me voy a divertir. Una obligación auto-impuesta, o una medida tal vez más enferma, porque siempre tengo algo que "enfrentar". "¿Qué tal si?", en el sentido más amplio que pueda imaginarse. ¿Qué tal si esta vez se siente bien?

Le hago conversación al conductor, quien agarra confianza.

___ Las mujeres y los hombres de ahí son todos bien parecidos.

No paso por alto el halago del cual me hace objeto al mencionar mi lugar de nacimiento, aunque sí me retuerzo las manos con patente nerviosismo, porque "¿cómo funciona un karaoke?" y además, voy dos horas más tarde. Doy un poco de demasiada información, con el aire de una dama recatada y digna, y tengo las medias negras que me hacen sentir un poco avejentada.

Mis amigos me reciben sonrientes en el sitio indicado, sentados en la esquina más arrinconada del pequeño local, donde la música suena a todo

volumen, ahogando las voces (y ahogada por ellas) de los desafinados valientes.

No entiendo la razón, pero a veces me resulta apetecible bautizar a la gente por colores. Tal vez se trate de una ociosa sinestesia, que me lleva a referirme a Mónica como Roja, a Caridad como Verde, a Milagros como Amarilla; y a Alfonso como Añil, a Neftalí como Marrón, a Roberto como Magenta, y a Ulfino como Negro.

De cualquier modo, me siento entre ellos, algo descolorida. Magenta me pasa el viejo catálogo de canciones, y hay tantas y tan desconocidas que termino intimidada. Los ojos de Roja hacen un corto viaje por mi vestimenta, y al toparse con los míos puedo ver que se remueve inquieta en el silloncito de vinil. Aseguro que habré de incorporarme a la lista, aunque nunca lo hago. Humo de cigarro, botellas de cerveza, vodka y otras cosas transparentes que ya conozco bien y con las cuales no quiero quemarme la garganta esta noche. El micrófono, a espaldas de Añil y Marrón _un tipo alegre a quien no conocía_, pasa de mano en mano.

Negro, que es muy tímido, me dirige ocasionales comentarios, y yo le sonrío porque me cae muy bien. Mis ojos también remolonean en los vestidos. Amarilla se ve especialmente guapa. No es que no lo supiera, pero de algún modo su visión me hace preguntarme si el buen gusto no me habrá fallado esta vez. También, creo que Verde ha hecho un muy buen trabajo con el rostro y el maquillaje. Es mi turno de revolverme inquieta.

Hago por presentarme a Marrón, que tiene que repetirme: "Marrón... Marrón... ¡Marrón!" antes de que lo entienda. A lo largo de la noche sonrío, bromea, y luego cabecea burlesco. ¡Cómo me gustaría saber lo que piensan los otros!...

Roja pasa al escenario. El micrófono está empotrado, y ella, los brazos colgando a los costados, comienza a cantar una canción a rebotar de romántico erotismo con la vista fija al frente. Su adorable nerviosismo me golpea de lleno: es difícil pensar que ha pasado por incontables resacas cuando sonrío con esos dientes perfectos y su cuerpo llenito se quiere balancear con una inocencia engañosa, pero que de alguna forma traiciona, para mí, su bondadosa esencia. Añil la mira con su usual... ¿contención?, ¿reserva? No sé cómo llamarlo. Sus largas pestañas resaltan cuando coloca una mano cerca de su boca; la huesuda nariz y los labios carnosos en un rostro delgado, y unos cabellos negros, ondulados hasta la altura de la nuca que son ya largos como podría haberse usado en otra época, contribuyen a darle su aspecto austero. Sonrío para mí. Aplaudo y le dirijo miradas amables a Roja, mientras ella termina su espectáculo.

El turno le llega a Añil luego de un rato. Canta decentemente. Puedo juzgarlo bien por mi oído, a veces incluso demasiado sensible. Aplaudimos y aullamos, por supuesto, haciéndolo sentir más cómodo. La canción, resentida y sexual, es curiosamente apropiada para él. Giro la cabeza del minúsculo escenario a la letra de la canción que se proyecta en la pared, y así, entre giro y giro, puedo observar a Roja escuchando con atención.

___ ¡Te amo!___ grita Negro, siguiendo el curso de una broma de la que parecen no cansarse.

Le pido a Añil, una vez que se sienta, que recorra su asiento para obstruir la vista del tipo que no ha parado de mirarme a unas mesas de distancia, con una levísima sonrisa transportando un ambiguo mensaje directo para mí. Es un poco atractivo, pero claro, no me inspira confianza.

Esperamos en esporádica charla que comience nuestra canción. Por adentro, me he encogido de hombros: después de todo, venimos aquí a cantar, no a conversar. Así parecen ser las cosas fuera de los muros de mi fácil confinamiento.

Pasan hombres y mujeres borrachos, y así que el humo del cigarro que se fuma Magenta nos impregna a las chicas, sigo los variados movimientos de aquellos; sus manos empuñando el cuello ambarino de la botella de cerveza, el mecerse tímido o reclamando atención de algunos cantantes buenos, y otros malos. Todos se divierten. Y nosotros también, cuando el título de la canción se anuncia en la pared a espaldas de Verde, Roja y Amarilla.

Magenta, Amarilla y yo somos el trío dinámico. Las primeras estrofas, sin encontrar el tono entre un enrevesado caos de desafinaciones e irregulares notas, son risibles. El estribillo nos pone de acuerdo, y terminamos recibiendo aplausos (seguramente compasivos) de muchos presentes. Mi primera experiencia en el karaoke, y no he tenido la oportunidad de hacer llorar a la congregación como lo he hecho al cantar en otras ocasiones. Pero aquí, los más talentosos son menos atractivos.

La última canción, pasada ya la media noche, es motivo de ansia para todos, que queremos seguir adelante. Negro, presa del pánico escénico, no puede emitir un sonido, así que Añil debe salir al rescate.

La próxima parada es un bar, por el cual escurre la salsa. Pago la entrada de Magenta, que está casi tan quebrado como yo. Pienso en la fugaz cualidad del dinero, y cómo compra las experiencias de la vida. Sé que no pago por el baile, porque no sé ni jota de estas cosas, a pesar de que me gustaría, y tengo la facilidad (espero) de captar la hermosísima magia del cuerpo humano moviéndose por pura alegría. Suspiro por adelantado. Todos juntos, dejamos la cerveza que los guaruras nos alcanzaron con el

gasto del "cover", y nos sentamos unos minutos.

___ Yo no sé bailar. ___ declara Añil en respuesta a no sé qué comentario. Infeliz mentiroso.

Tacones altos, piernas blancas, cinturas gráciles y no tan gráciles, pies que describen dibujos intrigantes en el suelo pulido de la pista. A media luz, me dirijo al baño de mujeres para resolver un problemilla concerniente a la ropa interior. Mi vestuario es cada vez más discordante, y las minifaldas y vestidos brillantes sofocan mis flacas pantorrillas enredadas en fachas.

Una mujer y un hombre pelean en el pasillo de los baños. Los improperios, las lenguas pesadas y la actitud tan agresiva de los dos me hacen pararme en seco. ¡Dame mis llaves!, grita una, y temo que el tipo vaya a lanzarle una sonora bofetada a la par que le niega el pedido con brusca prepotencia. Un hombre en sus cincuentas se acerca, traje gris, con el ceño fruncido. Me detiene a la entrada del W.C cuando estoy demasiado tensa para serle de ayuda.

___ Disculpa, vengo con mi pareja y quería ver si ___ mis ojos, que lo perforan con recelo, son suficiente advertencia de que no me siento a salvo y, decepcionado, termina haciéndome un gesto de invitación que no dudo en aceptar, casi pegada a la pared ___ Perdón. ¿Ibas a entrar al baño?...

Amarilla y Verde tienen ritmo. Si tan sólo me fuera más sencillo atraparlo... Roja piensa lo mismo, porque trata de seguirles el paso igual que yo, pero sin lograr la desenfadada gracia que caracteriza los pasos de la salsa. Pregunta a Amarilla: "¿Algo así?" cada vez que ésta nos intenta introducir a los secretos (ya quisiéramos que fuera tan difícil como para ser un secreto) del baile. Marrón baila a mi lado, y rezo porque no me mire los pies.

Me siento un rato, y así que un extraño colisiona con Verde, contemplo el inicio de su espontánea danza (¡un borracho puede bailar mejor que yo!), con resignada envidia que me curva las comisuras. Negro, a mi lado, me sigue con la vista, los ojos suplicantes, y vuelve a hacerme plática. "¿Qué me cuentas, fulana?" me dice. Nunca le he conversado demasiado, así que no sé qué diablos espera que le cuente. Nuestro intento de charla se ve interrumpida por Añil, que se deja caer en el asiento contiguo, disuadiendo a Negro de seguir dirigiéndome la palabra.

Me vuelvo a parar, invitada creo por Amarilla, y entonces un tipo alto, de piel y cabellos claros, y un poco alcoholizado me pide que baile con él. Me pongo en evidencia dispensándome a causa de mi incapacidad, y ofrezco a Amarilla en mi lugar. Terco, insiste que no quiere bailar con Amarilla, y se

queda parado, presionándome y respaldado por mis acompañantes.

Ese hombre no es Rojo, ni Amarillo, y mucho menos Blanco: en terminología de color, creo que es un tono de beige; un miel opaco que quiere ser brillante. Las connotaciones de la palabra miel no tienen aquí nada qué ver. Y no quiero bautizar así al hombre que me invitó a bailar, muy para su desgracia. Prefiero llamarlo Fanfarrón: el pobre tipo era una máscara de la cabeza a los pies. Lo único notorio además de esto era que tampoco sabía ni jota de ritmo.

Notablemente incómoda, digo que sí, arrastrada en la corriente de esta situación tan repentina, y en parte porque hubiera sentido más vergüenza de mí misma haciendo un espectáculo de mi resistencia.

___ ¿Por qué me dijiste que bailara mejor con tu amiga?

___ ¿No ves?___ me giro y hago un expresivo gesto señalando la figura de Amarilla, que baila sin darse cuenta de mi indiscreta sugerencia.

___ Pero yo quería bailar contigo. Dije: "Ella se ve sonriente".

___ Pero no sé bailar.

___ Mejor, así no me dejas en ridículo.

Fanfarrón, con una sonrisa nada tranquilizadora en el rostro, se pone cerca de mí, y me aconseja respecto al baile. No funciona, pero mis nerviosas sonrisas parecen ser un entretenimiento que lo mantiene interesado. ¡Qué multifacética! He besado tipos, y los he enfrentado alcoholizados. Pero nunca he bailado con uno de ellos, y su coquetería me perturba.

Diré sólo que, cuando alguien coquetea conmigo, a veces tengo que hacer lo mismo. No conscientemente, claro, pero termino sorprendiéndome de mis palabras, sutiles, sugerentes y a veces tontas, de esas cosas que fascinan tanto a los hombres igual de desesperados que yo por evitar todo rechazo.

Me volteo a un lado, deseando con todo el corazón que Amarilla tome mi lugar, pero esta se mueve, muy lejos de mis mundanos problemillas, con el profesional recreo que plasma en los milagros de su actuación sobre la pista.

___ ¿De verdad te gustan esos tenis?

___ No son tenis.___ contesto agriamente.

___ ¿Botas?

Y los poco acertados comentarios sobre mi apariencia fluyen de su boca (que me escupe en varias ocasiones), con cada vez mayor frecuencia.

___ Te ves asustada.

Habiendo dicho demasiado, Fanfarrón quiere preguntarme qué edad tengo. La única asertividad que verá en mí, es cuando me niego a contestarle.

___ Te ves chica.

A punto de inquirir a dónde voy a continuación, y en el momento culminante de mi pánico (mi mente clama: "let me goooo!..."), Magenta se levanta, anunciando que está por irse. El bueno de Magenta, a quien quiero como a un hermano. Buen uso le di a mi inversión, puesto que, al querer despedirse, lo abrazo, y le susurro al oído que me salve, por el amor de Dios, y que diga que es mi novio. En verdad somos similares: es tan torpe en algunos aspectos como yo, pero al menos tiene muchos más años, y algo de experiencia.

___ Soy muy malo para estas cosas...___ me susurra en respuesta, aunque no me desampara, y pegándome a su cuerpo comienza a arrastrar los pies, a plena vista del pobre Fanfarrón. Bailamos, si así puede decirse, unos segundos, hasta que me separo de él y presido mi bizarra presentación. Magenta le estrecha la mano a Fanfarrón, haciendo un cómico gesto de masculinidad que nadie más que un hombre confuso y ebrio se podría tragar. El resultado, pueden imaginarlo:

___ No sabía.___ dice Fanfarrón, aceptando su derrota con las palmas vueltas hacia mí, y abandona el bar, según Verde, con la cabeza gacha. Yo le agradezco con fervor a Magenta, que está un poco abochornado, y mis compañeros de aventuras se reúnen a nuestro alrededor, exigiendo detalles. ¡Qué forma de desinflarlo!, me dicen. Yo aduzco a mi inexperiencia, y entre divertida, incrédula, embarazada y algo mortificada por la drástica solución a la que llegué, por enésima vez, llevada por mis emociones, retomo un bailecito grupal para tranquilizarme.

Roja, bailando con trabajos, me mira a mí y a Amarilla esporádicamente. Yo miro a Marrón y a Añil, quien baila a la perfección, y al desear un trago de cerveza recuerdo con desagrado que Fanfarrón, en un gesto de no sé qué audacia, tomó mi botella y le dio un sorbo. Magenta, declarando que está ebrio, se marcha por fin. Negro, que ha puesto pies en polvorosa durante mi episodio, ya no está ahí para tratar de hacerme plática. Me doy por vencida entre dos sillas rojas, una mesa donde el hombre que me interrogó en los baños y su pareja (era real, por cierto), disfrutaban del licor y la vista. Y entre Marrón, que se divierte chupando un limón con su

simpática tranquilidad, y Añil, que observa al grupo danzante, pienso lo buen material que toda esta tontería podría ser para un relato. Las risas de Añil al escuchar mis pensamientos, las palabras que Marrón le confía, y mi ocasional intervención no paran el hecho de que Verde se agote tras una hora o más de ejercicio, Amarilla se muestre incansable, y Roja persistente en sus intentos de imitarla. Al final, los ofrecimientos llueven sobre las chicas: ¿Bailan? ¿Bailan? ¿Bailan? Varones que apenas se mantienen en pie, aprovechan el cambio de ritmo para aplastar contra su parte frontal las caderas y el vientre femenino, que gracias al alcohol se sienten tan gloriosos como si fueran los propios atributos de Venus.

Entonces la tensión aumenta. Añil tiene razón: muchos hombres, pocas mujeres, y algo de dirty dancing tornan el panorama algo más peligroso. Decidimos irnos a comer, y en las calles aún animadas de las tres de la madrugada, decidimos aplazar un rato la vuelta a casa. El frescor de la noche traspasa la tela de mi vapuleado ropaje.

Nos encontramos con algunos conocidos, que como siempre andan peregrinando por la ciudad en busca de una buena fiesta. Uno de ellos me recuerda a la primera ocasión a la que fui, donde aprendí que dentro de los términos delimitados por las pipas, las latas y la música, las presentaciones son prescindibles, y los instintos y atracciones son satisfechos sin tapujos; y que un hombre bajo el efecto de espíritus debe siempre mantener las manos donde una pueda verlas.

En una banca, escucho la vertiginosa conversación de Amarilla, así que Verde, Roja, Añil y Marrón charlan en la contigua. Añil se dirige a Marrón fingiendo espontaneidad: Confesiones, indirectas... No hay duda de que Añil es listo, pero acaso su acción fue consecuencia de una impericia similar a la mía, o a algo calculador, deliberado, desesperado y... cruel. Sus palabras, según Verde, no son nada encomiables, pues hieren como una esquirla de vidrio a la única escucha que le presta atención. Desde ahí (gracias al cielo que estaba cerca el término de la velada), Roja se muestra al borde de las lágrimas. Dice que está mareada (su consumo de vodka debió haber tomado lugar durante las dos horas que tardé en unirme a la salida), y en lo que respecta a Verde, Amarilla y yo, nuestro miedo natural a los taxistas la animan a seguir a su casa acompañada de nuestros compañeros, decisión que, en retrospectiva, quizá no fue la más acertada.

Mi oído izquierdo, el que estaba próximo a las bocinas, me molesta. "Cuando te suenan los oídos" comentaba Marrón, sin que hubiera yo dicho nada al respecto: "dicen que alguien piensa en ti".

Nos separamos, pues, y las cuatro suspiramos por causas distintas. Los chicos, sendos guardaespaldas a los lados de Roja, no hablan pero

piensan.

Los saludamos desde el carro. Devuelven el saludo agitando las manos.

___ ¿Tú por qué suspiraste?

___ No fui la única para quien todo resultó un poco raro.

Violeta me sonrío comprensiva, desde su lugar en la sala. Desvío la mirada, cavilando.

___ Aprendiste algo, ¿no? ___ retoma.

Agacho la frente y me aliso el vestido.

___ Que quiero tomar clases de baile.

Horas antes, Negro baja las escaleras de un estrecho y desierto callejón, los puños en los bolsillos, todavía temprano; Añil, con su exterior imperturbable, retoma el camino tras haber dejado a Roja en la puerta, mordiéndose la lengua, preguntándose... Marrón recuerda su brevísima charla conmigo, acariciándose el pelo, pensando en su carrera.

Verde mira el techo, tumbada en el sofá de Amarilla, antes de quedarse dormida.

A la una del día siguiente, las teclas, clapiti-clap, de mi computadora suenan al contacto de mis dedos. No me he sobrepuesto al sentimiento, o quizá el sentimiento se sobrepuso a mí.

___ ¿Cuál es el día más ajetreado para ustedes? ___ le preguntaba al conductor.

___ El jueves, señorita, porque los jóvenes celebran. Pero hoy parece que todos se están refugiando: la soledad está en las calles.